

Palabras del Presidente de la República, José Mujica, en su audición radial correspondiente al 26 de agosto de 2014.

Amigos, es un gusto saludarlos, en este día de primavera revuelta, ventosa, con signos invernales, pero así es nuestro acontecer climático.

Quiero recordar para los que no lo saben que fue, precisamente, en la campaña electoral pasada, cuando recorriamos y recorriamos las barriadas pobres por todo el país, barriadas tugurizadas, a veces con problemas de saneamiento, muchas veces con cobertizos de lata o de madera, donde la gente se refugiaba y se refugia como puede.

Fue precisamente en esas circunstancias, muy lejos de los papeles, muy lejos de los análisis de la pobreza, de las estadísticas, que nos entraba por los ojos lo evidente para sacar conclusiones y lo evidente era lo siguiente: la cantidad de niños pequeños que se apiñan en esas barriadas pobres, porque la reproducción parece ser muy fuerte allí donde muerde la pobreza.

Este es un hecho incuestionable. Hay mucha gente que no entiende que una piba maltratada a los 14, 15 años, tratada casi como una cosa, se defiende teniendo rápidamente que ascender instintivamente al escalón de madre, porque a partir de ser madre se le empieza a tener cierta consideración. Es una autodefensa.

La segunda cosa que rompía los ojos, la cantidad de madres con niños solas, porque los hombres están ausentes, porque los hombres son cobardes, porque los hombres se cortan frecuentemente cuando tienen que asumir responsabilidades solidarias de hogar, por lo que fuere, pero esto es así. La pobreza tiene cara de madre femenina y, en general, como madre ampara y defiende, por esa programación de defender la vida, lo que tiene, como puede.

Esta contemplación, la ve el que tenga ojos para ver, pero no ojos de papeleo, sino ojos humanos, esos ojos que atrás tienen corazón para sentir. Nos surgieron dos preguntas muy simples y muy gigantescas. La primera pregunta: estos niños tan abundantes van a ser mañana el 20 %, 25 % o más de los jóvenes totales del Uruguay.

Porque, mientras una mujer de clase media con una estabilidad material en su derredor por las razones que fuera, en este país tiene un hijo, dos en términos genéricos, estas mujeres tienen cuatro, cinco, siete hijos. Siendo mucho menos, ponen muchos más hijos al mundo, por lo tanto la coparticipación global de estos niños cuando sean muchachos va a ser grande en el Uruguay del futuro.

Entonces surge esta otra pregunta, el cómo se críen ahora en esta instancia, va a tener en gran medida repercusiones de cómo serán mañana. Más claro, la sociedad que tenemos y reproducimos hoy, inevitablemente va a engendrar los actores del futuro, en gran medida. Y nos surgía de la mano una reflexión actual que nos martiriza. Así como hoy padecemos la tácita multiplicación de la violencia y del delito a partir de muchos jovencitos olvidados del 2000 y del 2002, que eran niños y que sobrevivieron generando una cultura de “hacé la tuya como fuere” ya son hombres y mujeres. Tal vez sea verdadera aquella afirmación que el árbol se endereza desde chico, porque los cambios culturales son los más difíciles una vez que se han cristalizado en el modo de ser.

Por eso, de toda esa contemplación y de estas reflexiones surgía como un deber luchar por apagar la fragua, es decir las condiciones materiales en que estaban viviendo esos niños, procurando que esos niños pudieran ser mejores.

Entonces, estas fueron las razones que llevaron a buena parte de las políticas sociales. Tomando como ejemplo una, aislada, pero en realidad del punto de vista práctico no es con una sola política, sino con un conjunto de recursos que se refuerzan operando en esta realidad.

Uno de los factores que surgió fue lo que después, más adelante, se llamaría el Plan Juntos, que algunos lo han confundido con un plan habitacional o una cuestión de arquitectura o una solución meramente de vivienda. Ni por asomo es eso. Parte, sí, de la lucha por solucionar y tratar de crear viviendas que estén alejadas de lo que puede ser cualquier pizca de lujo, pero que aseguran un baño con servicio sanitario, una canilla con agua, una hábitat no menor a 50 y pico de metros cuadrados, sobrio pero confortable, “abrigable”, “vivable”.

¿Para quién? Esencialmente y, como prioridad, para esas mujeres que tienen muchos hijos y están sumidas en la pobreza, viviendo en cascarones. ¿Por qué? ¿Alcanza para que esos niños sean hombres de provecho en el futuro? No, no alcanza. Pero sin eso, todo lo demás es inútil. Precisamente, no alcanza. El empezar a vivir en una vivienda que dé seguridad y que vaya creando las costumbres de un uso regular es un primer elemento, un primer elemento sobre el cual hay que construir otros y plantearse responsabilidades mínimas, ir a la escuela, pero no podíamos esperar contrapartidas de mujeres que están peleando por la comida, como pueden.

Y acá no cabe aquella afirmación de que “no hay que regalar pescado, hay que enseñar a pescar”, porque: ¿Cómo enseñar a pescar a niños que se están criando tugurizados? Nuestro primer deber es sacarlos de la tugurización para poder sembrar lo otro, y lo otro es el conjunto de políticas sociales que busquen esto, alguien que aprenda a vivir de sus propias manos, del propio esfuerzo que camine elementalmente derecho por la vida, que se transforme en un trabajador eficaz.

Y esto lleva naturalmente a una lucha por integración, integrar al conjunto de la sociedad, pero tiene un principio. Hay que tener el coraje de dar y no se puede solucionar solo con un presupuesto frío del Estado, donde la responsabilidad queda difusa en el Estado, por eso había que poner la nuestra y convocar a la solidaridad junto al Estado la solidaridad de la gente. ¿Por qué?, porque el Estado puede hacer presupuestos, pero el Estado no puede poner amor, el amor lo pone la gente, lo ponen las personas y a esta gente sumergida, sí, hay que tratar de darles una casa decente, pero una casa construida con amor. Y uno se ve con estas contradicciones, porque la gente habla, habla y habla, tal vez con buena intención, pero sin conocer los vericuetos de la formación humana; que una mujer coparticipe a veces con algún hijo grande o con alguien que ayude a levantar una pared no crea que es una ventaja de carácter económico. No, no es mucho lo que puede aportar, pero es importante que quiera el nido que está construyendo para que lo cuide y que, por ese lado, empiece, sin darse cuenta, el cambio cultural de integración a la sociedad y en el fondo es como decir: “te doy un poco y te ayudo para que tú me ayudes, para que tú me ayudes a salir del pozo y tus hijos sean mejores y tus hijos peleen por el porvenir del país, no solo por la personal”.

Y tenía que estar el compromiso del Presidente, no porque vaya a arreglar, por lo mucho que pueda aportar el problema de la vivienda de los pobres es que hay que comprometer todo lo de uno en estas cosas, porque estas cosas tienen un precio que es para otra generación. Por eso he dicho: “a veces se ve cara y no se ve corazón”. Para mí estas cosas son de principio, son esenciales. Es fácil plantear soluciones con la de otros y hay que plantearlas, y hay que acudir a los fondos puros de la sociedad, pero eso jamás, jamás nos debe privar a quienes tenemos responsabilidad de arrimar parte. ¿Por qué?, porque esa es la cuota de amor que hay que poner en todo esto, para ayudar a la gente atrás de esto es que la gente aprenda a ayudarse a sí misma.

Quiere decir que esto no es un plan de vivienda esto es una herramienta en el marco de otras herramientas, porque la vida nos impuso hasta tener que hablar con la Facultad de Odontología y establecer servicios para arreglarles las dentaduras a estas mujeres, a esta sociedad, porque aunque parezca mentira estas cosas después tienen que ver en la posibilidad de conseguir trabajo, porque así es la vida, según la pinta que traigas te pueden dar oportunidad o no, de ocupar un lugar de trabajo y esto lo aprendemos con ellos.

Por eso, es también esto una lucha cultural, porque está la batalla para que los hijos aprendan y aprendan oficios y, paralelamente, invertir en que vayan elevando su calidad laboral y su compromiso social y esto se articula con el conjunto de políticas del MIDES y de enseñanza y, claro, todo es lerdo, porque no se pueden hacer milagros, tenemos límites por todas partes pero el camino está abierto y no quisiéramos que esto se pierda en el anonimato. Como cualquier cosa humana, cuando hacemos un balance de estos cuatro años,

nosotros mismos aprendemos sobre nuestros propios errores, porque hay que practicar para aprender y, naturalmente, siempre es posible ir haciendo las cosas mejores, pero salvando lo central no transformando en un engranaje meramente burocrático, algo que tiene que tener un hondo compromiso social.

Y desde este punto de vista, vaya curioso, las cosas que tuvimos que aprender, de todo lo que pudo ser voluntariado que apareció, lo mejor tiene origen en las distintas vertientes cristianas de jóvenes, de jóvenes algunos salidos de parroquias, otros de origen evangelista o lo que fuere, pero tenemos que ser nítidos y claros, son los que verdaderamente practican un criterio misionero. No tuvimos la misma suerte con juventudes de origen político, que desgraciadamente tienden a politizar y a caer en reyertas cuando la verdadera alta politización es servir a la gente para que la gente se sirva, algún día, a sí misma, y pueda ayudar a otros.

Todo esto, pero esta experiencia no hay que tirarla, pienso que hay que multiplicarla y mejorarla y profundizarla, pero conservando lo mejor de esa intención de su intención, de su calor, de su compromiso. Para esto y por esto surgió el Juntos, una de las herramientas que luchan por tener una sociedad integrada una sociedad tolerante, una sociedad menos violenta, una sociedad menos dogmática, una sociedad de todos y para todos.